

>> Editorial

A fuego lento podemos quedarnos sin reacción

Como nunca antes nuestras vidas están siendo mediatizadas por pantallas y algoritmos. En este contexto el cuerpo adquiere una dimensión diferente al instalarse en un marco digital y flexible. Claramente las fronteras entre lo natural y lo artificial quedan desdibujadas; un cuerpo intervenido y una evolución asistida del ser humano nos exige interrogarnos acerca de los límites éticos. Es fundamental sostener un pensamiento crítico de forma tal de cuestionar algunas afirmaciones que se plantean como verdades, a efectos de lograr una postura razonable.

Foucault nos hablaba de la sociedad disciplinaria en la cual el comando social se construye a través de una difusa red de aparatos que producen y regulan costumbres, hábitos y prácticas productivas. Y más tarde Deleuze, en *Postdata sobre las sociedades de control*, plantea el surgimiento de un nuevo tipo de sociedad, la sociedad de control que reemplaza a la disciplinaria, que no modela, sino que modula y que se caracteriza por ser ampliamente volátil.

Las sociedades de control contemporáneas dejan aparente libertad a todos los ciudadanos, aunque los mantiene bajo vigilancia electrónica permanente (Ramonet, 2016). A veces, esta vigilancia constante y no impuesta, se lleva a cabo con sensores tecnológicos que la gente adquiere libre y voluntariamente: computadoras, tabletas, teléfonos móviles, abonos de transporte, tarjetas bancarias inteligentes, tarjetas comerciales de fidelidad, localizadores.

La idea de que la tecnología es infalible es lo que nos hace perder de vista que quienes desarrollan un sistema informático pueden estar replicando los valores, prejuicios y estereotipos - lo que se conoce como sesgo algorítmico- o los datos pueden estar desactualizados, o pueden ser erróneos. De este modo la inteligencia artificial puede dar lugar a lo que se da en llamar discriminación algorítmica.

En el caso de la salud, los datos digitales pueden originarse a partir de registros médicos electrónicos e imágenes, aunque también pueden considerarse datos farmacológicos, ambientales y hábitos de los pacientes, entre otros. De esta manera,

Big Data permitiría mejorar la capacidad de respuesta del sistema de salud pública, incrementar la detección temprana de enfermedades y reducir los tiempos de investigación médica, o bien, avanzar hacia una medicina personalizada utilizando los datos de pacientes. En el campo sanitario la difusión y el cruce de información en la web entraña riesgos que se vinculan directamente con derechos fundamentales de las personas. El conjunto de datos sensibles almacenados puede usarse tanto para mejorar la atención a los pacientes como para direccionar publicidad y hasta discriminar a personas con determinadas patologías (Moreira, 2020).

La posibilidad de que se tomen decisiones basadas en algoritmos, que pueden estar sesgados, que nos clasifican y evalúan, provocaría efectos sobre nuestra salud y nuestras libertades individuales. Sin duda la protección de datos y de nuestra privacidad hace a nuestra dignidad humana.

El riesgo de naturalizar los avances tecnológicos, sin la reflexión necesaria para tomar decisiones libres y responsables, puede anestesiarlos, impedirnos reaccionar o reaccionar tardíamente. A fuego lento podemos quedarnos sin reacción. Cabe recordar la fábula de la rana y la olla¹ que nos deja la moraleja de que solemos reaccionar poco, ante los cambios más pequeños, pero trascendentales, y subestimamos los efectos de su impacto futuro.

La bioética es una herramienta válida para abordar los dilemas éticos y elaborar marcos conceptuales que refuercen los principios y valores con base en el respeto a los Derechos Humanos.

Desde Bioeticar consideramos que es posible repensar los avances tecnológicos, no se trata de rechazarlos, pero tampoco aceptarlos sin interrogar sus efectos en nuestra humanidad.

Noviembre 2021

¹ La premisa es que, si una rana se pone repentinamente en agua hirviendo, saltará, pero si la rana se pone en agua tibia que luego se lleva a ebullición lentamente, no percibirá el peligro y se cocerá hasta la muerte. La historia se usa a menudo como una metáfora de la incapacidad o falta de voluntad de las personas para reaccionar o ser conscientes de las amenazas siniestras que surgen gradualmente en lugar de hacerlo de repente.

La ilustración de la sección Editorial es de autoría de Shamsia Hassani